



Pepa Horno

amor

y
violencia

la dimensión afectiva del

maltrato

2ª edición

DESCLÉE DE BROUWER

Serendipit

M A I O R



Pepa Horno Goicoechea

AMOR Y VIOLENCIA

La dimensión afectiva del maltrato

2ª edición



Desclée De Brouwer

Índice

Introducción	11
1. ¿Qué significa ser violento con alguien?	15
1. Defendiendo la violencia	15
1.1. Agresividad	16
1.2. Violencia	16
1.3. Violencia interpersonal: agresión y maltrato	23
2. Cuándo empieza la violencia	29
3. Factores que hacen posible la violencia	37
4. La violencia en las diferentes culturas	45
2. La relación entre el amor y la violencia.	49
1. El poder y la violencia	49
2. La autoridad como una forma de poder	52
3. El amor como una forma de poder	53
4. Los componentes afectivos de un conflicto	58
5. Afecto y perdón	62
3. El afecto y el desarrollo	69
1. El afecto en el desarrollo del psiquismo humano	69
2. Los vínculos afectivos, creadores de relato	72
3. La construcción de los vínculos afectivos	74

4. Las consecuencias de la violencia en el desarrollo afectivo de la persona.	83
1. Las consecuencias de la violencia en el desarrollo psíquico. . .	83
2. Algunas consecuencias más probables del maltrato en el desarrollo de la víctima	86
3. La importancia de la reacción del entorno.	91
5. Intervenir sobre la violencia.	97
1. Promoviendo la resiliencia	98
1.1. ¿Qué es la resiliencia?	98
1.2. ¿Cuáles son las guías de resiliencia?	100
2. El papel de los profesionales ante el maltrato.	114
2.1. ¿Ha de vincularse afectivamente un profesional?	114
2.2. Pautas generales en la intervención	116
Conclusiones.	125

Introducción

Vincular en una sola frase amor y violencia parece una incoherencia, una realidad imposible. Necesitamos creer que el amor nos mantiene a salvo de la violencia, que alguien que ama de verdad no puede dañar a quien ama, pero no siempre es así.

Cuando pensamos en la violencia, siempre pensamos en algo destructivo, lo consideramos la antítesis del afecto, de la vinculación afectiva. Del mismo modo, cuando pensamos en la palabra afecto siempre pensamos en algo positivo, constructivo, pleno, algo que hace crecer. Pero hemos de entender que es un concepto idealizado y falso del afecto. En el afecto también puede haber manipulación, engaño y daño. Hay *afectos que dañan*, *afectos que destruyen sin dejar de ser afectos*.

La mayoría de los casos de violencia tanto hacia los adultos, como hacia los niños y niñas o hacia las personas de la tercera edad, se dan por parte de personas del entorno cercano a la víctima, a menudo personas de su propia familia, su pareja... personas ante las cuales la víctima creía sentirse a salvo y protegida. Este es el primer dato que ha de hacernos sospechar que la violencia no es algo ajeno a las relaciones afectivas, sino que se da mayoritariamente en el marco de éstas. Hemos de preguntarnos por qué.

Muchas víctimas de la violencia, además, a pesar de ser conscientes de estar siendo agredidas, no son capaces de romper los vínculos que las unen a su agresor. Éste es un fenómeno que tampoco se entiende desde fuera de este círculo de amor-violencia que en ocasiones se establece en las relaciones personales.

Estos no son sino indicios de algo que se nos hace difícil de aceptar: que la violencia no es ajena al mundo de los afectos, que forma parte de las relaciones afectivas. A menudo los seres humanos necesitamos creer que determinadas realidades les suceden a otros, que permanecen lejanas a nosotros y a aquellos a quienes queremos, pero no es así. A menudo, aunque haya violencia en una familia, eso no significa que no haya afecto, los límites no son tan claros ni tan cerrados como nosotros querríamos creer. El proceso por el que una persona llega a maltratar a otra en un entorno familiar o cercano no es algo que suceda de la noche a la mañana, sino que llega como consecuencia de una serie de vivencias y factores en cadena de los que en principio nadie permanece al margen.

La violencia dentro de las relaciones es un continuo que va desde las formas más sutiles (en muchos casos socialmente aceptadas y a las que estamos tan acostumbrados que vivimos como parte lógica de la vida y ni siquiera percibimos a veces como violencia), hasta las formas más extremas de maltrato. El maltrato es uno de los extremos del continuo de formas de violencia. Las personas que maltratan no son “monstruos”, aunque puedan actuar como tales, no son diferentes, sino que tienen menos recursos personales, una historia destructiva detrás, una falta de empatía, en algunos casos psicopatologías asociadas y una serie de factores que les hacen llegar a ese extremo.

En la violencia intrafamiliar o en el entorno cercano, cualquier intervención terapéutica con las víctimas de violencia y con sus agresores, sean quienes sean, requiere un trabajo a largo plazo sobre sus modelos afectivos, sobre su forma de relacionarse afectivamente con los demás. No se trata en ningún momento de justificar o eximir de la responsabilidad de la agresión, sino de posibilitar elementos que contribuyan a mejorar nuestra intervención.

No hemos de pertenecer a un mundo determinado, con un nivel socioeconómico o educativo concreto, para estar “a salvo”. El maltrato se da en todos los ámbitos y niveles, porque es un fenómeno que tiene que ver con la violencia dentro de las relaciones humanas, y ahí cabemos todos.

En la mayoría de los casos de maltrato intrafamiliar o en el entorno cercano, para la persona que es violenta, sea adulto o menor de edad, y para la víctima hay una relación afectiva, y nos equivocamos si entendemos como cinismo la afirmación de ese cariño. En el ámbito de la violencia una división de “buenos” y “malos”, de “enfermos” y “sanos” no responde a la realidad que nos vemos obligados a afrontar.

Hay personas que maltratan con componentes psicopáticos y que no establecen relación ninguna con sus víctimas, o lo hacen desde la manipulación y el engaño como un modo de acercamiento y de sometimiento de la víctima. Son casos de violencia extrafamiliar, por parte de desconocidos o en contextos de explotación, entre otros. Pero la mayoría de los casos de maltrato se dan en el contexto familiar o cercano en donde la vinculación afectiva ya existe y donde se centra este libro.

El objetivo de este libro quiere ser, por tanto, proporcionar a los profesionales elementos para facilitar tanto la comprensión de la dimensión afectiva y relacional de la violencia en el ámbito intrafamiliar o en el entorno cercano, como el diseño de programas de intervención sobre la misma. El público destinatario de estas páginas son todos aquellos que de un modo u otro trabajan con víctimas y/o agresores, aquellos que desde los diferentes ámbitos: social, educativo, sanitario, policial o judicial, buscan promover en las personas con las que trabajan los elementos de resiliencia que les permitan sanar las heridas que la violencia ha dejado en su psiquismo.

El enfoque de los diferentes capítulos está conscientemente centrado en la dimensión afectiva del desarrollo de la víctima y en el modo en que esta dimensión está incorporada a los programas de intervención. Es una opción consciente y elegida que busca visibilizar un componente a menudo olvidado en los programas de intervención sobre violencia que, sin embargo, a mi entender es imprescindible para comprender las dinámicas que subyacen a la misma.

No me centraré en otros aspectos de la intervención que considero ampliamente desarrollados en trabajos de otros autores. Así mismo, tam-

poco pretendo realizar un desarrollo técnico exhaustivo de cada idea planteada porque no sería posible en un solo libro, pero sí proporcionar elementos para el análisis y la reflexión sobre la dimensión afectiva, desde los que el lector pueda ampliar aquello que considere necesario.

Dada mi trayectoria profesional, a la hora de exponer la violencia intrafamiliar o en el entorno cercano, la ejemplificaré mayoritariamente en la violencia ejercida contra los niños y niñas, no entrando tanto en otras formas de violencia intrafamiliar como la violencia contra los mayores o la violencia de género. Es una limitación del contenido que espero los lectores sepan disculpar.

Creo que si no incorporamos la dimensión afectiva a nuestro trabajo como profesionales en el ámbito de la violencia, sea en los programas de prevención en el ámbito educativo, el trabajo con los padres y madres, o al trabajo con víctimas y/o agresores, no vamos a poder modificar los modelos de relación afectiva destructiva que conlleva y perpetúa la experiencia de la violencia. Ése es el reto al que este libro pretende aportar algunos elementos de análisis.

¿Qué significa ser violento con alguien?

1

1. DEFINIENDO LA VIOLENCIA

Analizar y comprender un fenómeno es un requisito imprescindible para desarrollar cualquier estrategia de intervención sobre él. La primera estrategia para prevenir o erradicar la violencia es que los profesionales conozcan y comprendan la violencia en su dimensión real y desde una perspectiva no sólo profesional sino personal, que puedan reconocer la violencia que han vivido y viven en sus propias vidas para poder reconocer la violencia que sufren y viven las personas con las que trabajan.

La violencia se define, según la OMS¹, como *“el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daño psicológico, trastornos del desarrollo o privaciones y atenta contra el derecho a la salud y la vida de la población”*.

En este sentido, se ha de establecer la diferencia entre los siguientes conceptos básicos: agresividad y violencia, y dentro de ésta, agresión y maltrato.

1. OMS (2002) “Informe mundial sobre violencia y salud”.